

**Poemas de Jaime Manrique**

**ESTE AMOR, EL OTRO (1975)**

Cuando tú me tocas, por ejemplo  
no veo constelaciones,  
y en mis sueños, cuando tus manos  
buscan mi espalda y mis cabellos,  
es imposible saber si sueñas con un ratón  
o con Alicia en el país de las maravillas.  
Tú me repites frases que me abochornarían  
a luz del día, nunca me has escrito  
cartas a las cuatro de la madrugada  
desde aeropuertos extraños  
o la plataforma de un tranvía.  
Cuando hacemos el amor, fingimos  
que la emoción es justa.  
Hoy he estado regando tus plantas  
mientras estás en la playa.  
Utilizo el líquido para las cucarachas,  
abro las ventanas y no se me ocurre  
mirar tu correspondencia o leer  
tus nuevos poemas.

Mientras sigo las instrucciones:  
"Los geranios y begonias deben ser  
regados dos veces por semana",  
peso mis dos amores en la balanza.  
Sé que riego las plantas porque  
me gusta ver correr el agua entre mis dedos  
y porque no quiero ver morir las flores  
en esta estancia; también porque me he sentido  
sentimental, tarareando un aria familiar  
toda esta mañana.

**CARTA ABIERTA (MAYO) (1979)**

Ciertamente las cosas sin ti  
son cada vez más complicadas,  
cuanto tú no me llamas y tus cartas no llegan;  
cuando me despierto en la noche  
y encuentro media cama desierta.  
Hace quince días no sé nada de ti.  
Lunes: salió el sol y las hojas del parque

parecían una copiosa ensalada fresca.  
Martes, soñé toda la noche contigo,  
tu mano sosteniendo la mía, tu cuerpo  
alimentándose como una naranja.  
Miércoles, lluvia. Día nublado.  
Nada que ver desde mi ventana.  
Jueves, salió la luna y estaba llena.  
El cielo estrenó una nueva estrella en su diadema.  
Viernes... me estás enseñando a contar los números reales.  
El mundo empieza en ti y en ti termina.  
Tú eres mi Alfa y tú eres mi Zeta.  
Hoy, descubrí una nueva flor en el balcón.  
No sé su nombre. La regué y dije una oración.

Deseándole un verano amable  
En mi desamparo en tu ausencia.  
Sí, cuando tú no estás.  
Estas cartas abiertas  
Son alguna clase de evidencia.

**EL BARRANCO DE LOBA 1929** (1996)

Cuando el sol calcinante  
se abate hostigante sobre el pueblo,  
después de que mi abuela  
(como Ursula Iguarán)  
se ha parado horas enteras  
confeccionando animalitos azucarados,  
mi madre, con un vestido de lino blanco  
que le llega hasta los tobillos,  
una cinta roja adornándole  
su larga trenza negra,  
calzando burdas chancletas,  
va de casa en casa cantando:  
"Cocadas, cocadas de coco y piña".

Maldiciendo el sol  
que la quema y la renegrea,  
mi madre balancea la bandeja  
encima de su cabeza  
y camina desde la quebrada  
hasta la escuela pública,  
pasando por el cuartel de la policía,  
las dos cantinas del pueblo,  
y el cementerio donde los gallinazos,

las iguanas y las víboras hacen la siesta.  
Mi madre camina las calles engramadas  
del villorrio hasta que el sol  
-una guayaba madura ardiendo-  
se zambulle en el Magdalena  
y una violenta hemorragia celeste  
pinta nubes enfebrecidas.

Acomodándose sobre una piedra  
a orillas del río,  
observando los pescadores  
que regresan en sus piraguas cargadas  
de bagres, bocachicos y manatíes,  
tortugas y babillas,  
mi madre, con su bandeja de animalitos casi intacta,  
espanta los mosquitos que la aguzan  
y las moscas drogadas por el azúcar.  
Ella es una niña de diez años,  
hastada, sudorosa, cansada.  
Ella odia a sus padres por ponerla  
a vender cocadas que nadie compra.  
Rascándose las piernas  
con sus uñas de señorita,  
ella espera la lancha  
que todas las tardes pasa río arriba,  
rumbo a Mompóx, Magangué, El Banco, Cartagena,  
las grandes ciudades del mundo.  
Todas las tardes ella espera.  
Todos los días ella anhela su primer viaje  
del que nunca regresará.

Cuando finalmente la lancha a vapor  
aparece, tosiendo como una ballena tísica,  
los zancudos frenéticos  
que atacan los brazos expuestos  
de mi madre,  
ya no le molestan  
porque el picor que le ataca  
es más agudo, es de otra naturaleza.  
Es el picor del deseo herido,  
es el canto de sirena del mundo y sus placeres  
que la lancha anuncia todas las noches  
subiendo las aguas del río en llamas  
hacia esas urbes donde la vida empieza.

**MAMBO** (1996)

Contra un cielo topacio  
y ventanales estrellados  
con delirantes trinitarias  
y rojas, sensuales cayenas;  
el fragante céfiro vespertino  
oloroso de almendros y azahar de la India;  
sobre las baldosas de diseños moriscos,  
con zapatillas de tacón de aguja,  
vestidos descotados y amplias polleras;  
sus largas obsidianas caballeras  
a la usanza de la época;  
perfumadas, trigueñas, risueñas,  
mis tías bailaban el mambo  
canturreando. "Doctor, mañana  
no me saca usted la muela,  
aunque me muera de dolor".

Aquellas tardes en mi infancia  
cuando mis tías eran muchachas y me pertenecían,  
y yo bailaba cobijado entre sus polleras,  
nuestras vidas eran un mambo feliz  
que no se olvida.

**ELEGÍA DEL CISNE** (1996)

para Grace Schulman

Recostado en una silla playera  
me conmueve la humildad del océano,  
las distancias que ha recorrido  
para desdoblarse en rizos espumosos a mis pies.  
En la pleamar, iridiscentes serpientes ondulantes  
se forman bajo la epidermis aguamarina.  
El cielo es una resplandeciente bóveda escarlata;  
el atardecer primaveral, un clisé perfecto.

En el caluroso resplandor del sol poniente,  
las imágenes son drenas, apacibles despojadas  
de toda urgencia.  
La paz de este dócil sosiego  
me induce cerrar los ojos,  
y el viejo cisne blanco  
que contemplé ayer en el crepúsculo aparece.

Lo veo lanzar su cuello hacia el cielo,  
abriendo su pico brevemente  
para agujerear mi corazón  
con un canto desolado.  
Y, en la oscuridad circundante  
escucho el desesperado abanicar de sus plumas despeinadas  
cuando zarpa hacia la mortaja purpúrea de su suerte.

**MI NOCHE CON FEDERICO** (1996)  
(Según Edouard Roditi)

Sucedió en París.  
Pepe me invitó a cenar  
con un tal Federico  
que iba rumbo a Nueva York.  
Yo tenía diecinueve años.  
Federico me llevaba once  
y acababa de terminar  
una relación en España  
con un escultor  
que lo había maltratado mucho.  
Federico sólo tuvo dos amantes;  
el detestaba las locas promiscuas.

Ambos éramos Géminis.  
Como la astrología  
era muy importante para él,  
Federico se interesó por mí.

Hablamos en castellano.  
Yo lo había aprendido  
con mi abuela, una judía  
sefardita que me había  
enseñado términos  
del siglo XVI.  
Todo esto le pareció  
muy gracioso a Federico.  
Bebimos mucho, muchísimo  
vino esa noche.  
Por la mañana, al despertarme,  
su cabeza yacía sobre mis tetillas.  
Cientos de personas  
me han preguntado por los detalles:  
¿Era Federico fabuloso en la cama?

Siempre contesto lo mismo:  
Federico era emocional  
y vulnerable; para él  
lo más importante no era el sexo  
sino la ternura.

Nunca volví a verlo.  
Se marchó a Nueva York  
y luego a Cuba y Argentina.  
Más tarde, el segundo amor  
de su vida fue asesinado  
defendiendo la República.

Todo eso sucedió en París  
hace y casi sesenta años.  
Fue sólo una noche de amor  
más ha durado toda una vida.

**SAUDADE** (1996)

Muchacho carioca,  
habría que inventar epítetos  
para aproximarse a tu belleza.  
Al despertarme estas mañanas  
descubro que aún mis dedos meñiques  
cantan tu nombre, y mis zonas capilares  
guardan la tibieza de tu boca.  
Muchacho carioca  
cuando salgo al balcón  
las flores cotidianas me sorprenden:  
los pétalos magentas de las begonias  
se abren como manos dadivosas,  
sus corolas semejan cálices tallados en oro  
bordadas de piedras preciosas.

Muchacho carioca  
eres un elixir desconocido,  
me das a probar manjares desconocidos;  
no es el amor lo que fluye  
entre nosotros, sino lava.  
En ti cabalgo el filo de una ola,  
me dejo arrastrar por tu oleaje,  
buceo y busco hacia un fondo ignoto;  
al acariciarte entro al paraíso.  
Todo esto me sucede,

muchacho carioca,  
cuando tu sensual saudade  
enciende mi boca.

**DÍAS DE BARCELONA** (1996)

Pronto habrán pasado veinte años,  
que, como dice el tango, son nada.  
Tampoco es nada  
el cargamento de memorias que hemos  
acumulado desde ese entonces;  
y son mucho, son demasiado,  
las cargas desgonzadas,  
las arrugas del espíritu  
que ninguna cirugía arranca.  
Es posible que tus monumentos  
hayan envejecido. Mas la patina de tus fachadas  
no puede compararse  
al derrumbe de mis ilusiones.  
Hoy vivo por vivir,  
y de las ilusiones de ayer  
quedan poemas, memorias borrosas,  
cartas que nos atraviesan como puñales.

Últimamente, caminando por las calles,  
reconozco en los peatones  
los rostros de mis muertos queridos:  
Andrés, Mike, Douglas, Luis Roberto,  
reencarnados en un gesto; un bucle,  
un encuadre chabrolesco.  
Quien fui ayer,  
y pronto serán veinte años de esto,  
ya no recuerdo.  
Lo veo a él, al otro Manrique,  
un héroe en una novela de posguerra,  
un clásico, un mito  
repitiéndose desde siempre.  
Hoy soy un extranjero  
escribiendo líneas nostálgicas  
por épocas en las cuales tampoco  
quise, ni fui feliz, ni siquiera yo mismo.

A veces, últimamente cuando viajo  
en el tren subterráneo,  
es como si atravesase

diferentes regiones del infierno,  
y sé que, aunque vivo,  
estoy muerto, y que tan sólo en el muerte,  
tal vez, Barcelona, recorreré  
de nuevo tus ramblas  
buscándolo a él, con su gemir eterno,  
tratando inútilmente de completar  
las piezas de un crucigrama  
cada vez más extenso  
e incierto.

**POEMA DE OTOÑO** (1999)

Hay un río detrás de la casa.  
Desde la ventana de mi cuarto  
abajo, en la hondonada,  
a través del abigarrado  
ropaje del bosque,  
aparece el río en otoño  
a medida que el mundo  
se desnuda y los espacios  
se abren. Entonces,  
veo una rodaja  
del río -un espejo  
que refleja los colores del cielo  
y también las estrellas.  
De repente, después  
de una orgía de colores  
y el cataclismo de octubre  
cuando las hojas encendidas  
se desprenden como una tempestad  
de mariposas, las noches  
invitan a la contemplación  
las estrellas son flores diminutas  
puntos tan imperceptibles  
que parecen una creación de mis ojos.  
Así también es la poesía -nace  
en la imaginación, en el tránsito  
del despertar al ensueño.  
Mis poemas brotan  
no para reflejar al mundo  
sino para trascenderlo.

Este otoño no he pensado en la muerte  
sino en ti, mi amado.



A medida que el mundo  
se desnuda y queda  
expuesto a los elementos  
-cómo los árboles desnudos-  
el milagro del amor  
también nos hace vulnerables.

**TU ARTE INMACULADO, BILLIE HOLLIDAY** (1999)

En el hospital Metropolitano,  
el 17 de julio de 1955,  
a los cuarenta y cuatro años de edad,  
la voz destruida,  
encadenada a tu lecho,  
tus ojos dos algas negras fosforescentes,  
los sueños perfumados dos gardenias,  
cantaste tu último blues.

Todos los poetas están de acuerdo, Billie,  
el día de tu muerte  
se instaló perennemente la tristeza.

En tu repertorio  
frutos extraños cuelgan  
de los árboles sureños-  
negros linchados bajos cielos sangrientos.  
Tanta crueldad nunca fue tan bien cantada.  
De tus labios los sonidos  
salen purificados. En tu vocabulario  
todo sonido es sacro.  
Después de escucharte, Billie  
emergimos pálidos, envejecidos,  
desolados para siempre.

**REMOLCADOR** (1999)

era una de esas palabras  
que odiaba en mi niñez.  
Otras eran corisa, astromelia,  
palabras usadas por los Ardilas-  
el clan de mi madre.  
Me parecían palabras torpes,  
vulgares - palabras de campesinos.

Esta mañana de verano  
densa, azulada, mientras caminaba  
enfrente de la Universidad de Columbia  
recordé la palabra  
remolcador... brotó  
de mis labios, un suspiro  
que se desvaneció hacia el alto Manhattan.

Es curioso como en días amables  
camino hasta el parque,  
me siento en un banco a observar  
el Hudson, como en otras épocas  
contemplaba el Río Magdalena.

Hace diez años, en Santa Marta,  
una noche caminando el malecón  
encontré una muchedumbre alrededor  
de un templete, donde unos estudiantes  
entonaban coplas desgarradas  
acerca del agonizante  
Río Magdalena.

Estaba solo. Era una noche clara  
sobre la bahía. El mar  
era una seda mortuoria  
y su frescor me acariciaba.  
Tenía cuarenta y siete años;  
era un hombre maduro.

Ahora, una década más tarde  
pienso en esos jóvenes y sus coplas  
y siento el dolor y la nostalgia  
que ellos sentían.

El remolcador era una cosa  
grande, ocre, metálica  
que se desplazaba lentamente  
por las aguas cenagosas del Magdalena.  
Cargaba tambores de gasolina, jeeps,  
ganado, costales repletos de cocos secos.  
No era cosa hermosa.  
Pero mi familia pronunciaba  
la palabra remolcador-  
un lazo entre el pueblo y el mundo de afuera-  
con una reverencia casi religiosa.

Es curioso cómo he pasado

gran parte de vida  
en ciudades ribereñas;  
cómo el río acabó convirtiéndome  
en mi destino.

Aunque ahora, cuando veo  
un remolcador surcar el Hudson-  
una cosa fea, un mal necesario-  
tenga otro idioma para nombrarlo:  
como tengo también otro idioma  
para nombrar aquel mundo, esa otra vida.

**LA HORA AZUL** (1999)

A veces sucede aquí  
en Manhattan cuando atardece  
y un helicóptero  
o una gaviota cruzan  
el cielo- me acuerdo  
del pueblo donde vivieron  
mis abuelos, y esa hora  
era un presagio  
de los murciélagos que invadían  
la casa como cometas oscuros.

Cuando vi esa luz acariciando  
los ladrillos del edificio al otro  
lado de la calle, me levanté  
de la cama donde yacíamos y me acerqué  
a los vidrios helados.

Me preguntaste qué hora era  
como si yo -igual que mi abuelo-  
tuviera el don  
de leer los cielos.  
Era la hora azul en Manhattan;  
estábamos enamorados  
y deseaba que esa hora se alargase  
para poder siempre vivir en ella.

Semanas más tarde,  
una mañana nevosa  
te acompañé hasta la avenida  
ayudándote a carga unas valijas.  
Mientras esperábamos por un taxi

-te dirigías a tu ciudad  
de puentes y estrellas cálidas-  
sentí lo irrevocable del momento,  
tus ojos se rehusaron  
a encontrar los míos. Te subiste  
al taxi y mientras yo miraba  
hacia la dirección en la cual  
desaparecías, tal vez para siempre,  
no miraste hacía atrás,  
para sellar el momento.  
Ya casi llegando a la esquina  
de mi casa, di  
un paso en falso y por poco  
me estrello contra el suelo.  
Sentí un peso enorme  
sobre mis hombros, como si  
se apoyase un edificio sobre ellos;  
sentí todo el peso  
de mis cincuenta años.

**MI AUTOBIOGRAFÍA** (1999)

Mi mayor ambición  
es la de escribir al menos  
que sea leído en el futuro  
por algún joven enardecido  
quien exclame "¡Manrique tenía cogones!"  
Y este joven querrá haberse acostado  
conmigo como yo me habría entregado  
a Cavafis, Barba Jacob, Rimbaud, Melville  
y sobre todo a Walt Whitman.  
Y si llego a la vejez,  
y me momifico en la piedad,  
que nadie nunca olvide  
que fui un borracho  
un drogadicto  
que por veinte años  
vagabundé por los continentes  
me acosté  
con miles de hombres  
de todos los tamaños y colores  
aunque mis favoritos fueron  
los muchachos campesinos  
y rubios de Nueva Inglaterra.  
Y es verdad

que vendí la sangre  
el cuerpo  
y hasta perdí mis ilusiones  
nunca traicioné el don de la poesía.

JAIME MANRIQUE, nacido en Barranquilla (Colombia), poeta, narrador, ensayista y traductor, bilingüe español e inglés. Residente en Estados Unidos desde hace 40 años.

Poesía: *Los adoradores de la luna* 1975, *Golpes de dados* 1979, *Mi noche con Federico García Lorca* 1996, *Mi cuerpo y otros poemas*, 1999 y *El libro de los muertos* (Poemas Selectos 1973-2015)

Novelas: *Nuestras vidas son los ríos*, *Colombian Gold*, *Luna Latina en Manhattan*, *Twilight at the Equator*, *El callejón de Cervantes*.

Ensayos: *Maricones Eminentes : Arenas, Lorca, Puig y yo*.

Traducido a 9 idiomas.

En la actualidad es Distinguished Lecturer en el Departamento de Lenguas y Literaturas Clásicas y Modernas del City College de Nueva York.